

BENITO JERÓNIMO FEIJOO

REFLEXIONES
SOBRE LA HISTORIA
(DEL *TEATRO CRÍTICO UNIVERSAL*)

Edición, introducción y notas de
FRANCISCO FUSTER



CENTZONTLE
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 2014

Feijoo, Benito Jerónimo

Reflexiones sobre la historia (Del Teatro crítico universal) /
Benito Jerónimo Feijoo ; ed. introd. y notas de Francisco
Fuster. – Madrid : FCE, 2014

156 p. ; 23 x 17 cm – (Colec. Centzontle)

ISBN: 978-84-375-0705-7

F1. Historia – Crítica e interpretación 2. Historia – Metodología

I. Fuster García, Francisco, ed. II. Ser. III. t.

LC PQ6523

Dewey 907.2 F555r

© 2014, edición, introducción y notas, Francisco Fuster

D. R. © 2014, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ESPAÑA, S.L.

Vía de los Poblados, 17, 4º - 15. 28033 Madrid

editor@fondodeculturaeconomica.es

www.fondodeculturaeconomica.es

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Carretera de Picacho-Ajusco, 227. 14200 México, D.F.

www.fondodeculturaeconomica.com

Empresa certificada: ISO 9001:2008

Diseño de portada: Leo G. Navarro

Tipografía: Nueva Maqueta

Impresión y encuadernación: Digital Agrupem, S.L.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra –incluido el
diseño tipográfico y de portada–, sea cual fuere el medio, electrónico o
mecánico, sin el consentimiento por escrito del editor.

ISBN: 978-84-375-0705-7

Depósito Legal: M-3942-2014

Impreso en España

Sumario

Para un manual del buen historiador,

por FRANCISCO FUSTER ❖ 7

Sobre esta edición ❖ 25

Reflexiones sobre la historia,

por BENITO JERÓNIMO FEIJOO ❖ 27

Para un manual del buen historiador

FRANCISCO FUSTER

En la historia del pensamiento español hay un hombre admirable, no tanto por su obra, con ser de calidad excelsa, como por su actitud ante el error y la verdad. Este hombre, de fe infatigable, vivió una parte de su larga y fecunda existencia enredado, desde un monasterio provinciano, en singular batalla contra las supersticiones de su patria; pero su patria era, en realidad, el mundo entero, porque el «error común» que quería extirpar era y es habitante de toda la tierra.

GREGORIO MARAÑÓN

Las ideas biológicas del padre Feijoo (1934)

LA HERENCIA DE UN ILUSTRADO

Los libros por los que es conocido Benito Jerónimo Feijoo y Montenegro (Caldemiro, Orense, 1676-Oviedo, 1764) no empezaron a publicarse hasta el 1726. Y digo «hasta» porque por esas fechas, nuestro autor llevaba ya a sus espaldas medio siglo de vida y una larga trayectoria —desde novicio hasta catedrático, pasando

por «padre maestro» y abad— en el seno de la orden benedictina, en la que ingresó poco antes de cumplir los 14 años y tras renunciar al mayorazgo que, como primogénito de una familia hidalga, le correspondía en herencia. Quizá por esto, por haberse dedicado en cuerpo y alma a la «carrera» eclesiástica, su temprana predilección por el estudio no se manifestó por escrito hasta que, cumplidos los cincuenta años, se lanzó a la aventura de publicar la monumental obra que todavía hoy alimenta su fama póstuma.

Un año antes había redactado su *Apología del escepticismo médico* (escrita en 1725, pero publicada por primera vez en 1727),¹ un texto de relativo valor —sobre todo si lo comparamos con lo que vendría después— concebido con la única misión de defender la *Medicina escéptica y cirugía moderna* (dos tomos, 1722 y 1725) del médico y *novator* sevillano Martín Martínez, cuya publicación le había generado a su autor una sucesión de violentos ataques y reproches por parte de los elementos más tradicionalistas. Sin embargo, me atrevo a

¹ A pesar de que la mayor parte de la crítica sigue afirmando que la *Apología del escepticismo médico* es el primer escrito publicado por Feijoo en 1725, Pedro Álvarez de Miranda demostró hace tiempo que no es así porque, aunque el texto esté firmado con fecha de 1725 (un año antes de aparecer el primer tomo del *Teatro crítico universal*), no se imprimió por primera vez hasta dos años después, cuando aparece la segunda edición del primer tomo de la *Medicina escéptica* de Martín Martínez y el ensayo de Feijoo se añade como una especie de anexo colocado a continuación del texto de Martínez. En resumen, que la *Apología* de Feijoo fue escrita antes, pero apareció después de haberse publicado el tomo primero del *Teatro*, concretamente en septiembre de 1727. V. Pedro Álvarez de Miranda, «La fecha de publicación del primer escrito de Feijoo: aclaración de un enredo bibliográfico», *Dieciocho: Hispanic Enlightenment*, vol. 9, n.º 1-2, 1986, pp. 24-33.

decir sin miedo a equivocarme que el verdadero desembarco del padre Feijoo en el panorama editorial de la siempre discutida Ilustración española se produce el 3 de noviembre de 1726, cuando la *Gaceta* anuncia que ya se encuentra a la venta en la portería del madrileño monasterio de San Martín la primera entrega de una obra cuyo título completo es *Teatro crítico universal, o Discursos varios en todo género de materias para desengaño de errores comunes*.²

Como el propio Feijoo vaticinó³ y todos los estudiosos de su obra se han encargado de repetir, la aparición del primer tomo del *Teatro* suscitó una agria polémica entre quienes creyeron interpretar en las palabras del benedictino una especie de ataque contra la ortodoxia, no tanto religiosa, pues ninguno de los dogmas de fe eran puestos en duda por nuestro autor, sino más bien epistemológica, en el sentido de que en aquellos discursos se defendía el uso de la experiencia y la razón como forma de conocimiento por encima incluso de la *auctoritas*: del juicio sancionado por la

² La obra completa acabaría constando de ocho tomos, más un noveno publicado a modo de suplemento en el que se matizan o corrigen cuestiones tratadas en los anteriores. La fecha de aparición de los volúmenes es la siguiente: 1726, 1728, 1729, 1730 (este año aparece el tomo IV, del que forma parte el discurso que ahora reeditamos), 1733, 1734, 1736 y 1739. El suplemento ve la luz en 1740.

³ Ya en el breve prólogo a ese primer tomo, y previendo sin duda que la lectura del texto pudiera soliviantar a más de un lector, nuestro autor afirma lo siguiente: «Estoy esperando muchas impugnaciones, especialmente sobre dos o tres discursos de este libro; y aun algunos me previenen que cargarán sobre mí injurias y dicterios. En ese caso me aseguraré más de la verdad de lo que escribo, pues es cierto que desconfía de sus fuerzas quien contra mí se aprovecha de armas vedadas». V. «Prólogo al lector», TCU, tomo I.

tradición y aceptado sin previo análisis. Tanto fue así que, en apenas dos años, se publicaron alrededor de sesenta textos —opúsculos y tratados de naturaleza varia— a favor y en contra de ese primer volumen, inaugurándose así una interminable disputa en la que quiso terciar casi todo el mundo. Finalmente, y tras casi veinticinco años de réplicas y contrarréplicas, fue el mismo Fernando VI quien en 1750 quiso poner fin a la querrela adoptando una decisión poco frecuente: firmar una real orden en la que se prohibía expresamente la impresión de textos injuriosos contra la persona o la obra de Feijoo. Ahora bien, a pesar de todo el revuelo armado, o quizá precisamente por ello, lo cierto es que durante sus primeras décadas de vida el *Teatro* fue una obra de gran impacto que gozó de una extraordinaria difusión, no solo por las traducciones que de ella se hicieron, sino en lo que se refiere al enorme número de ejemplares —las cifras varían según la fuente, pero todas se acercan al medio millón— que salieron de la imprenta y circularon entre los lectores deseosos de saciar su curiosidad.

Además de por su contenido misceláneo, el *Teatro* llamó la atención desde un primer momento por su forma: por la manera tan poco habitual en que las opiniones del autor venían presentadas. En efecto, Feijoo había diseñado una obra que, en contra de lo que su adscripción monástica podía hacer pensar, nacía con la clara intención de alejarse del modelo canónico para tratar de llegar a un público lo más amplio posible. Con este objetivo inequívoco, optó por desechar el for-

mato corriente del tratado en latín concebido para una minoría docta y compuesta por lo general de «hombres de Iglesia», en favor de una serie de reflexiones más breves y monotemáticas —agrupadas a su vez, en tomos— que le sirvieran para articular el denso corpus de su pensamiento.

Resultado de este noble propósito fueron los conocidos «discursos» feijonianos: disertaciones a medio camino entre la tradición barroca (reflexiones eruditas glosadas con abundantes citas) y esa forma de escribir —el ensayo— más libre y menos encorsetada que toma carta de naturaleza con la obra de Michel de Montaigne. Y es que tanto el *Teatro crítico universal* como las *Cartas eruditas y curiosas* que empiezan a publicarse en 1742 encajan bien dentro de ese género híbrido y tentativo en el que cabe todo. Por eso, en muchos de los discursos se mezcla la información teóricamente objetiva con el juicio decididamente parcial, en una suerte de lucha verbal y dialéctica sostenida por el autor con —o contra— todas las supuestas autoridades que circulan por ese gran friso de opiniones rebatidas y matizadas que es el *Teatro*. Tal vez por esto mismo, y para hacer más comprensible esta polifonía de voces que vienen y van, cada uno de los textos —entre ellos, las «Reflexiones sobre la historia» que ahora reeditamos— se presenta siguiendo un mismo plan que se repite en los nueve tomos de la obra. A partir de un título más bien genérico que anuncia sintéticamente su contenido, el discurso se construye en torno a un mismo esquema: una primera partición,

ordenada con números romanos, estructura el texto en lo que podríamos llamar «capítulos»; a su vez, estos «capítulos» se subdividen en varios párrafos ordenados con números árabigos.

No obstante esta apariencia compleja, y con la excepción de aquellos pocos textos que, por distintos motivos (extensión desproporcionada, provocada por la repetición innecesaria de ideas o ejemplos; rareza del objeto discutido; tono excesivamente recargado por el abuso de las citas en latín u otras lenguas), resultan algo enrevesados, lo cierto —y en esto coincido con la crítica— es que la lectura del *Teatro* resulta fácil y amena. Y ello gracias fundamentalmente al talante divulgador de un Feijoo que siempre quiso dirigirse al vulgo⁴ e hizo para ello el esfuerzo de escribir en un estilo ágil y sencillo que, sin ser —ni mucho menos— familiar o coloquial, sí resulta al menos inteligible. En este sentido, y como señaló Eduardo Subirats al argumentar el posible parentesco de la obra feijoniana con otras aparecidas en la Europa moderna, es verdad que

⁴ En ese «Prólogo al lector» ya citado, nuestro autor también se «defiende» de los posibles ataques que le granjee el hecho de haber elegido el castellano —y no el latín— a la hora de redactar su obra. La razón, explica Feijoo, tiene que ver precisamente con su objetivo último de llegar a un mayor número de lectores, pues todo el mundo merece conocer los errores que en esas páginas se denuncian: «Harásme también cargo porque, habiendo de tocar muchas cosas facultativas, escribo en el idioma castellano. Bastaría me por respuesta el decir que para escribir en el idioma nativo no se ha menester más razón que no tener alguna para hacer lo contrario. No niego que hay verdades que deben ocultarse al vulgo, cuya flaqueza más pelagra tal vez en la noticia que en la ignorancia; pero esas ni en latín deben salir al público, pues harto vulgo hay entre los que entienden este idioma y fácilmente pasan de estos a los que no saben más que el castellano». V. «Prólogo al lector», *TCU*, tomo I.

la pretensión de exhaustividad que preside el proyecto de nuestro protagonista no encuentra su correspondencia en el uso metódico de un lenguaje riguroso y científico, necesario para dotar al conjunto del orden y la coherencia interna que sí revisten otras empresas relativamente parangonables. Aunque su cruzada contra la ilusión y el engaño puede guardar cierto «aire de familia» con la crítica de los *idola* propuesta por Francis Bacon en el *Novum Organum* (1620) o con la lucha contra el prejuicio defendida por René Descartes en su *Discurso del método* (1637), lo cierto es que existen notables diferencias entre la voluntad de sistema que sí se aprecia en los títulos citados y el eclecticismo de un Feijoo que raramente muestra una preocupación metodológica.⁵ Por otra parte, y también según Subirats, es esa forma tan atractiva para el lector que elige el benedictino a la hora de redactar sus obras lo que las distingue de creaciones como el *Diccionario histórico y crítico* (1697) de Pierre Bayle o la más moderna *Enciclopedia* (1751-1772) de Diderot y D'Alembert, con cuya función y apariencia podrían tal vez asimilarse.⁶

Si ojeamos el índice completo de materias abordadas en el *Teatro*, vemos que allí se discute sobre infinidad de temas que van desde la medicina hasta la astronomía, pasando por la física, la literatura o la igualdad intelectual de las mujeres con respecto al hombre. Y todo desde una perspectiva que busca la polémica y el

⁵ Eduardo Subirats, *La ilustración insuficiente*, Madrid, Taurus, 1981, pp. 44-45.

⁶ *Ibidem*, p. 55.

debate más que el avance científico en el sentido estricto. Feijoo fue ante todo un sabio erudito, un lector autodidacta y proteico, incapaz de reprimir ese primer impulso de querer opinar; esa necesidad casi vital de tener que escribir sobre todo aquello que le generaba placer o rechazo. Por eso, y pese a su indudable interés por la ciencia en casi todas sus ramas y manifestaciones, no tengo claro que se le pueda reprochar —como han hecho lectores y críticos— la falta de rigor científico en sus planteamientos, pues, en el fondo y en la forma, jamás dejó de ser un «hombre de letras»: un monje encerrado en la celda de un monasterio que pasó la mayor parte de su existencia entre libros.

Desde este punto de vista, y aunque su constante apelación a la razón y la experiencia como método de conocimiento lo emparenten con el empirismo inglés y lo alejen claramente de la escolástica dominante en la España preilustrada, la verdad es que «Feijoo no trata de construir un saber científico ni establecer un sistema conceptual. Su obra más bien tiene la naturaleza de una empresa institucional. Ante todo se trata de transformar la realidad social, de erigir una nueva forma de conciencia pública».⁷ Precisamente por esto, por su deseo de redimir —intelectualmente hablando, en este caso— al vulgo y sacarle de su ignorancia, desengañándole de esos «errores comunes» que el *Teatro* se propone erradicar, imprime ese inconfundible tono divulgador a sus discursos. Con ellos pretende hacer de

⁷ Eduardo Subirats, *op. cit.*, p. 57.

cada lector nada menos que un verdadero ilustrado, en el sentido más auténtico de dicho adjetivo: un ciudadano crítico —y autocrítico— que no acepte ninguna verdad (salvo la verdad revelada de la fe, que como tal es indiscutible) sin someterla previamente al juicio de la razón; un individuo autónomo capaz de salir con sus propios medios de esa «minoría de edad» —por usar la fórmula kantiana— de la que él mismo es culpable.

El objetivo de Feijoo, ha escrito recientemente María Dolores Albiac, «no es dominar erudita y científicamente un materia —así se trate de teología—, sino ser capaz de transmitir, didácticamente, a un público plural y no necesariamente especializado, ideas y conocimientos, en ocasiones muy elementales, pero nuevos y de los que lo debe convencer».⁸ Su propósito va más allá de pretender parecer ingenioso o mordaz, pues lo que realmente desea es llegar al fondo de la verdad sobre cualquier materia y mostrarnos al resto cuál es, según su criterio, el camino más recto para llegar a ella, desechando vericuetos y atajos que no conducen a nada. Como él mismo reconoce en la *captatio benevolentiae* del prólogo, es evidente que su grado de conocimiento sobre algunos temas no es exactamente el mismo que el que pueda tener sobre otros, pero por encima de esta descompensación perdonable está la sinceridad desde la que se formulan y se defienden todas sus posturas:

⁸ María Dolores Albiac, *Razón y sentimiento: el siglo de las luces (1692-1800)*, en José-Carlos Mainer (dir.), *Historia de la literatura española*, vol. IV, Barcelona, Crítica, 2011, p. 363.

Aunque mi intento solo es proponer la verdad, posible es que en algunos asuntos me falte penetración para conocerla, y en los más, fuerza para persuadirla. Lo que puedo asegurarte es que nada escribo que no sea conforme a lo que siento. Proponer y probar opiniones singulares, solo por ostentar ingenio, téngolo por prurito pueril y falsedad indigna de todo hombre de bien. En una conversación se puede tolerar por pasatiempo; en un escrito es engañar al público. La grandeza del discurso está en penetrar y persuadir las verdades; la habilidad más baja del ingenio es enredar a otros con sofisterías. Las arañas, que aun entre los brutos son viles, fabrican telas delicadas, pero sutiles; sutiles y firmes, aun entre los hombres no las hacen sino los artífices excelentes. En aquellas se figuran los discursos agudos, pero sofisticos; en estas los ingeniosos y sólidos.⁹

EL NOBLE E INGRATO OFICIO DE HISTORIADOR

Al hablar del discurso que ocupa las páginas de este volumen, lo primero que conviene hacer es despejar cualquier posible duda: Feijoo no fue ni quiso ser nunca historiador. Aclaro esto porque son varios los autores que, al referirse a estas «Reflexiones sobre la historia» en los prólogos a sus respectivas ediciones de la obra feijoniana, han puesto en el debe de nuestro autor el

⁹ Benito Jerónimo Feijoo, «Prólogo al lector», TCU, tomo I.

no haber sido capaz de elaborar «un método histórico capaz de desterrar el crecido número de fábulas de que nuestra historia estaba plagada»,¹⁰ o el no haber aportado «un verdadero método positivo».¹¹ Desde mi humilde posición de historiador, pienso que ni estaba en condiciones de hacerlo (no tenía la formación en las reglas del oficio), ni creo que fuera esa su intención al poner negro sobre blanco lo que únicamente son las reflexiones de un lector que abandona su posición pasiva para expresar sus dudas y convicciones en torno a una materia sobre la que cree tener una opinión formada.

En el único trabajo dedicado de forma monográfica a las «Reflexiones sobre la historia», Fernando Bahr ha defendido con datos y pruebas la tesis de que este discurso feijoniano «podría ser entendido como una versión abreviada del *Dictionnaire historique et critique*, una versión abreviada y corregida, esto es, «hispano-católica», donde tácitamente se discuten aquellas expresiones que podían ser lesivas para España y la Iglesia romana». Para este investigador argentino, la influencia de Pierre Bayle en este texto va más allá de lo que suele ser habitual en Feijoo, quien a lo largo de los nueve tomos del *Teatro* cita con frecuencia —muchas veces para rebatirlo— a este filósofo francés como fuente de autoridad. Además de por las

¹⁰ Agustín Millares Carló, «Prólogo» (pp. 7-50), en Benito Jerónimo Feijoo, *Teatro crítico universal*, Selección, prólogo y notas de Agustín Millares Carló, vol. I, Madrid, Espasa-Calpe, 1968, p. 46.

¹¹ Ángel-Raimundo Fernández González, «Introducción» (pp. 9-50), en Benito Jerónimo Feijoo, *Teatro crítico universal*, Ángel-Raimundo Fernández González (ed.), Madrid, Cátedra, 1993, p. 33.

abundantes referencias —directas e indirectas— a Bayle y al *Diccionario* presentes en el texto, lo que según Bahr vincula a estas obras es que ambas persiguen el mismo objetivo: «reunir pifias y perjuicios de los historiadores elaborando *a contrario* un modelo de escritor ideal». ¹² Lo único que las separa, insiste este autor, es el enfoque determinado por la distinta religión —católica y protestante— profesada por cada uno de los pensadores. De ahí la necesidad que habría sentido Feijoo de establecer un filtro para poder difundir la obra de Bayle —debidamente corregida y rectificada en sus supuestos prejuicios o equivocaciones— entre los lectores españoles, «contando la historia de una manera que Pierre Bayle, calvinista perseguido y refugiado, no podía haber hecho». ¹³

En cualquier caso, y al margen de la innegable intertextualidad de un ensayo que, efectivamente, tiene mucho de síntesis de las ideas de terceros (la mayor prueba de ello es el largo comentario del capítulo dedicado a la historia en el *Tratado de la opinión* de Saint-Aubin que inserta Feijoo en medio de su discurso), lo que más puede interesar al lector actual de estas «Reflexiones sobre la historia» es la cantidad y la calidad de las opiniones que contiene. Porque es justamente ahí donde encontramos la mayor aportación del pensamiento de Feijoo sobre la historia: en la originalidad con la que se abordan cuestiones centrales de la

¹² Fernando Bahr, «Pierre Bayle y las “Reflexiones sobre la historia” del padre Feijoo» (pp. 5-32), en *Cuadernos de estudios del siglo XVIII*, n.º 15, 2005, p. 29.

¹³ *Ibidem*, p. 32.

disciplina y en la manera que tiene el autor de plantear las posibles soluciones, siempre desde la prudencia y la libertad de quien sabe que opina «desde la barrera».

Desde el tema de las fuentes hasta la discutida cuestión del estilo que el historiador debe adoptar para transmitir mejor su discurso, pasando por el delicado asunto de la neutralidad que se le supone a quien se dedica a contar la verdad del pasado, en las «Reflexiones» se abordan problemas que siempre han preocupado a los historiadores y que siguen ocupando a la historiografía. En definitiva, lo que hace Feijoo al señalar los errores en los que historiadores de todos los tiempos han incurrido es enumerar y ordenar una larga lista con aquellos comportamientos a evitar por quien se quiera dedicar a la historia; o, dicho de otra manera, proponer una especie de «manual» de ese historiador ideal al que no pone nombre porque no existe.

Sin entrar a desglosar párrafo por párrafo un texto que no requiere conocimientos de especialista ni un esfuerzo fuera de lo normal por parte del lector para su perfecto entendimiento, sí me quiero detener en un par de ideas fundamentales que, a modo de ejemplo, nos servirán para comprobar la validez de las propuestas feijonianas.

Yendo desde fuera hacia dentro, uno de los primeros problemas que nuestro autor se plantea es el de la forma: la eterna pregunta sobre cómo se debe escribir la historia. Para Feijoo, el estilo del historiador no debe ser ni coloquial ni excesivamente rebuscado en lo literario; debe tratar de encontrar ese difícil equilibrio que solo se

logra con una escritura natural que huya de los excesos y de eso que él llama «el riesgo de la afectación»:

Empezando por el estilo, que parece lo más fácil, ¡oh qué arduo es tomar aquel medio preciso que se necesita para la historia! Ni ha de ser vulgar, ni poético. Aun si el escritor quiere contentarse solamente con huir de estos dos extremos, sin mucha dificultad lo logrará, especialmente si es de aquellos (como hay muchos), que están hechos a un mediano estilo, que ni se roza con la plebe, ni con las musas; igualmente distante del graznido de los cuervos, que del canto de los cisnes. (§. IV, 11)

Haciendo una recomendación muy similar a la ofrecida por Marc Bloch cuando aconsejaba a los historiadores sobre el peligro de «quitar a nuestra ciencia su parte de poesía»,¹⁴ Feijoo advierte al potencial historiador que, junto al peligro de que la pluma «tuerza el vuelo hacia la del Parnaso», está el de que lo lleve «hacia la cumbre del Olimpo», confundiendo la necesaria objetividad en los datos con la aburrida frialdad en el relato. Por eso, puestos a elegir concluye que, indudablemente, la historia siempre será más leída cuanto mejor escrita esté:

Hágome cargo de que el primor del estilo no es de esencia de la historia, pero es un accidente que la adorna mucho y que la hace más útil. Léenla muchos, hallán-

¹⁴ Marc Bloch, *Introducción a la historia*, traducción de Pablo González Casanova y Max Aub, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2001 [1949], p. 12.

dola este sainete, que no la leyeran sin él. Las especies también se imprimen mejor, porque abraza bien la memoria lo que se lee con deleite, como el estómago lo que se come con apetito. (§. VI, 16)

Como no podía ser de otra forma, en el centro del discurso feijoniano sobre la historia se sitúa el irresoluble problema de la subjetividad del historiador. Su postura con respecto a este tema parte de una certeza expresa: la imposibilidad de ser totalmente neutral no exime al historiador de hacer todos los esfuerzos por intentarlo, por aproximarse lo más que se pueda a esa quimera que es la historia objetiva, la verdad absoluta. La dificultad, insiste repetidas veces Feijoo, radica en el hecho de que son muchas las tentaciones que acechan al escritor pasional que abandona el terreno imparcial y se deja arrastrar por ellas. La más evidente es la contemporaneidad del historiador con su historia; esto es, que quien relata situaciones vividas en primera persona o hechos protagonizados por personas cercanas, corre el riesgo lógico de no ser del todo ecuánime en sus juicios:

Cuanto los historiadores están más cercanos a los sucesos, tanto más próxima tienen a los ojos la verdad para conocerla; pero en el mismo grado son sospechosos de que varios afectos los induzcan a ocultarla. El miedo, la esperanza, el amor, el odio, son cuatro vientos fuertes que no dejan parar en el punto de la verdad la pluma. (§. IX, 22)

Muestra de este tipo de comportamiento es, al decir de nuestro autor, el de los historiadores que hablan bien o mal —según les interese— de su país, cayendo deliberadamente en la práctica de eso que en el lenguaje actual llamaríamos «historia nacionalista» (§. X, 25), o el de aquellos otros en los que es el «partido de religión» (su credo personal o el de quien es objeto de sus críticas o halagos) el que más les influye, condicionando irremediabilmente sus valoraciones (§. XI, 30-31).

Por todo esto, concluye Feijoo, conviene estar muy atentos cuando se lee un libro de historia porque, así como el historiador tiene la responsabilidad y el deber de aproximarse a la verdad con todos sus medios, la obligación del buen lector es conocer los antecedentes de quien escribe para saber de sus filias y fobias: «Para enterarse de la verdad de los sucesos que refieren los autores, conduce mucho y es casi necesario saber los sucesos de los mismos autores, porque en ellos suelen hallarse motivos para darles o negarles la fe: a qué país debieron el origen, qué religión profesaron, qué facción siguieron, si estaban agradecidos o quejosos de alguno de los personajes que introducen en la historia, si eran dependientes o lo fueron los suyos, etc.» (§. XLIV, 101). Dicho en otras palabras, más recientes pero igual de sabias, mantener esa actitud de vigilancia descrita con una metáfora muy gráfica por el historiador británico E.H. Carr en su celebrado ensayo *¿Qué es la historia?*, donde tampoco falta este consejo acerca de los peligros de una lectura inocente:

Estudien al historiador antes de ponerse a estudiar los hechos. Al fin y al cabo, no es muy difícil. Es lo que ya hace el estudiante inteligente que, cuando se le recomienda que lea una obra del eminente catedrático Jones, busca a un alumno del tal Jones y le pregunta qué tal es y de qué pie cojea. Cuando se lee un libro de historia, hay que estar atento a las cojeras. Si no logran descubrir ninguna, o están ciegos, o el historiador no anda.¹⁵

Como vemos, los temas abordados en estas «Reflexiones sobre la historia» conservan intacta su vigencia y son en la actualidad materia de discusión no solo entre los miembros del gremio, sino en esa instancia más amplia a la que damos el nombre de «opinión pública». Véase, si no, el impacto social alcanzado en España por el debate surgido en los últimos años en torno a la memoria histórica, o el suscitado por la reciente publicación del denostado *Diccionario Biográfico Español* por parte de la Real Academia de la Historia.

«Pero lo que sobre todo hace difícil escribir historia —insiste Feijoo— es que para ser historiador es menester ser mucho más que historiador» (§. XLV, 104). Son tantos y tan distintos los requisitos que debe reunir el historiador ideal, que su simple enumeración ya nos da una idea de lo difícil que se antoja su hipotética existencia:

Lo que resulta de todo lo dicho es que se pone a una empresa arduísima el que se introduce a historiador.

¹⁵ E.H. Carr, *¿Qué es la historia?*, Barcelona, Ariel, 2010 [1961], p. 92.

Que esta ocupación es solo para sujetos en quienes concurren muchas excelentísimas cualidades, cuyo complejo es punto menos que moralmente imposible, pues sobre la universalidad de noticias cuya necesidad acabamos de insinuar, y que en poquísimos se halla, se necesita un amor grande de la verdad, a quien ningún respeto acobarde; un espíritu comprensivo, a quien la multitud de especies no confunda; un genio metódico, que las ordene; un juicio superior, que según sus méritos, las califique; un ingenio penetrante, que entre tantas apariencias encontradas, discierna las legítimas señas de la verdad de las adulterinas; y en fin un estilo noble y claro, cual al principio de este discurso hemos pedido para la historia. (§. XLVI, 108)

Casi dos siglos después de la aparición de sus «Reflexiones sobre la historia», y pese a que son muchos —y algunos de ellos muy buenos— los historiadores que han perseguido ese imposible y se han acercado a la excelencia, me temo que si el padre Feijoo levantara la cabeza, seguiría pensando lo mismo: que no existe el historiador perfecto. Como estoy de acuerdo con él y mi objetivo es mucho más modesto, me sumo al grupo de los que nos conformamos —como diría Bloch— con ejercer placenteramente nuestro oficio y con reflexionar sobre él de vez en cuando, como «un artesano al que siempre le ha gustado meditar sobre su tarea cotidiana».

Sobre esta edición^{*}



Aunque la propuesta de reeditar este texto —nunca publicado de forma exenta— haya partido de un historiador, mi intención al sugerir la conveniencia de recuperar estas «Reflexiones sobre la historia» siempre ha sido la de acercarlo al mayor número posible de lectores, pues las ideas aquí expuestas van más allá de lo que pueda concernir a un gremio en particular. La aportación del padre Feijoo a la cultura es de tal magnitud, que la labor de rescate y difusión de su obra debería ser una tarea compartida. Es por esta razón por la que, a la hora de transcribir el texto feijoniano, he optado por respetar el original siempre que me ha sido posible, introduciendo únicamente las modificaciones necesarias (subsanción de erratas, adecuación de la ortografía a la normativa vigente de la RAE, adaptación de la puntuación en pro de una lectura más ágil, etc.) en aras de facilitar la lectura de un texto que, siendo inteligible en su mayor parte, resulta tal

^{*} Quiero expresar mi agradecimiento al profesor Justo Serna, de quien tanto he aprendido sobre el oficio de historiador, por su interés en este libro cuando solo era un proyecto y por demostrarme —una vez más— su confianza en mi trabajo.

vez algo denso en algún capítulo concreto en el que la acumulación de datos y citas aconsejaba esta labor de edición. Con el mismo propósito de ayudar al lector en su comprensión del discurso es con el que he dispuesto las notas a pie de página que acompañan al texto.

Tanto el texto de las «Reflexiones sobre la historia» (discurso 8 del tomo IV) como el del «Prólogo al lector» (tomo I) están tomados de la versión digital del *Teatro crítico universal* editada por la Fundación Gustavo Bueno dentro de la «Biblioteca Feijoniana» del Proyecto Filosofía en español. El texto de las «Reflexiones» procede de la edición del *Teatro crítico universal* publicada en Madrid en 1778 por D. Blas Morán, a costa de la Real Compañía de Impresores y Libreros (tomo IV, pp. 163-246); por su parte, el texto del «Prólogo» procede de la edición del *Teatro crítico universal* publicada en Madrid en 1726 por D. Joaquín Ibarra, a costa de la Real Compañía de Impresores y Libreros (tomo I, pp. LXXVII-LXXXII). He optado por esta versión de las «Reflexiones sobre la historia» (y no por la original de 1730) porque procede de una edición del TCU (la de 1778) en la que ya vienen incluidas en su sitio las adiciones que hizo el autor a los ocho tomos de su obra, publicadas por primera vez en el ya citado suplemento de 1740. Esta es la razón por la que el excuso con la traducción y el comentario del *Tratado sobre la opinión* de Saint-Aubin esté situado entre los párrafos 96 y 97 del discurso. La versión digitalizada de ambos textos se puede consultar en la web: www.filosofia.org

F.F.

Índice

<i>Para un manual del buen historiador</i>	7
FRANCISCO FUSTER GARCÍA	
<i>Sobre esta edición</i>	25
<i>Reflexiones sobre la historia</i>	27
BENITO JERÓNIMO FEIJOO	
§. I	27
§. II	29
§. III	32
§. IV	33
§. V	35
§. VI	36
§. VII	39
§. VIII	41
§. IX	42
§. X	45
§. XI	48
§. XII	50
§. XIII	54
§. XIV	59
§. XV	60

§.XVI.....	61
§.XVII.....	62
§.XVIII.....	62
§.XIX.....	63
§.XX.....	64
§. XXI.....	65
§. XXII.....	71
§. XXIII.....	72
§. XXIV.....	72
§. XXV.....	73
§. XXVI.....	74
§. XXVII.....	75
§. XXVIII.....	78
§. XXIX.....	78
§. XXX.....	79
§. XXXI.....	80
§. XXXII.....	83
§. XXXIII.....	84
§. XXXIV.....	89
§. XXXV.....	91
§. XXXVI.....	92
§. XXXVII.....	95
§. XXXVIII.....	96
§. XXXIX.....	98
§. XL.....	101
§. XLI.....	105
§. XLII.....	108
NOTA.....	109

TRADUCCIÓN DEL CAPÍTULO SEXTO DEL LIBRO	
PRIMERO DEL <i>TRATADO DE LA OPINIÓN</i>	110
§. XLIII.....	144
§. XLIV.....	147
§. XLV.....	149